

cesivo insurrecciones de aquella especie necesitaba perseguir á los indios hasta en sus mismas madrigueras, y en tanto que Roldan avanzaba con los suyos hácia la provincia de Xaragua, el adelantado, al frente de sus tropas, se encaminó al Ciguay, dispuesto á sostener una campaña que asegurase á los españoles la completa dominacion de la isla y cortase de raíz los gérmenes de nuevas rebeliones.

Capítulo LXVIII.

Heroísmo.

Cuando se considera las condiciones de carácter que desplegaron los indios á vista de los europeos en aquellos momentos, en los que se atentaba á su independencia, no puede ménos de lamentarse que naciones gastadas llevaran al seno de aquella virgen tierra el germen de los malos instintos, que por desgracia corroían como un gusano su corazón.

Mayabonex, despues de su segunda tentativa para desalojar de la Vega á los españoles, se refugió de nuevo en el Ciguay, en donde á la sazón mandaba Guaorocaya.

—Arrojado de mis dominios,—le dijo,—vengo á implorar tu proteccion.

—Cuenta con ella,—contestó el cacique.—Yo te empeño mi palabra en defenderte con mis vasallos y con mi propio pecho; para llegar á tí tendrán que pasar por encima de mi cadáver.

Aquel solemne juramento debía dar lugar á una encarnizada lucha que pusiese en evidencia la lealtad, la nobleza, la generosidad, en una palabra, las virtudes de Guaorocaya.

Coligado Mayabonex y los suyos con Guaorocaya, hizo el primero algunas excursiones á la llanura con el objeto de sorprender y destruir á los enemigos que en escaso número recorrían la Vega, ó iban de un fuerte á otro llevando noticias ó provisiones.

Cuando no conseguían matar á alguno, destruían los campos, inutilizaban las cosechas y combatían por todos los medios á los extranjeros.

Estas tropelías impulsaron á Bartolomé á poner coto á ellas.

Las contemplaciones eran inútiles.

Necesitaba tomar medidas enérgicas para escarmentar á aquellos indios aventureros, y en la primavera de 1488 formó una division de noventa hombres, veinte caballos y una gran parte de indios, á los que eximió del tributo cuando le sirvieran como soldados, y abandonó la Vega para penetrar en las escabrosas montañas del Giguay y castigar á los indios rebeldes.

Atravesó un desfiladero, no sin trabajo, porque los innumerables árboles y las ásperas peñas impedían el paso á sus soldados, y después de emplear en

esta operacion algunos dias, bajó á un espeso y pintoresco valle, sumamente abrigado por las montañas que se adelantaban á perderse en el mar.

Numerosos espías indios observaban sus movimientos, ocultos detrás de los troncos de los árboles ó de las quebraduras del terreno.

Un caudaloso rio contuvo la marcha de los españoles.

Necesitaron vadearle, y al acercarse Bartolomé á un paraje para ver si por allí podían vencer la dificultad, se levantaron á corta distancia dos indios que estaban escondidos detrás de unos matorrales, y acto continuo dió Bartolomé la orden de aprisionarlos.

Uno de ellos se arrojó al agua y pudo salvarse á nado.

El otro cayó en poder los españoles.

—¿Qué hacíais ahí, miserables?—le dijo Bartolomé cuando llegaron á su presencia.

—Perdon, señor,—exclamó el indio,—me había escondido para que pasárais sin verme, porque dicen que matais á los indios que hallais á vuestro paso.

—Mientes,—exclamó Bartolomé;—tú eres un espía, y vas á morir á mis manos si no confiesas la verdad.

—Perdon, perdon,—exclamó el indio, cayendo de hinojos.

—Si confiesas la verdad te perdono la vida y te llevaré á mi servicio; pero si me engañas perecerás á mis manos.

—Pues bien, yo os diré la verdad.

—Habla.

—En efecto; espiaba aquí vuestra llegada.

—¿Por orden de quién?

—Por orden de mi amo.

—¿Quién es tu amo?

—El rey Guaorocaya; él es el que gobierna el departamento del Ciguay.

—Es un traidor, puesto que ha amparado y defendido á uno de mis mayores enemigos. Todos los indios de esta provincia perecerán. Sólo tu vida será respetada si me dices dónde está el rey y los soldados que sin duda, enterados de nuestra venida, nos esperan para atacarnos.

—Es cierto. ¿Veis,—añadió el indio,—aquel bosque que empieza en la opuesta orilla del río?

—Sí.

—Pues detrás de los árboles hay más de seis mil indios armados con arcos y flechas, que aguardan á que paseis el río para salir á vuestro encuentro.

—¡Ay de tí si me engañas!

—Os lo juro por el nombre de Vagoniana.

—De todos modos, te quedas en mi poder hasta que me cerciore de la verdad. Si no me has engañado, el premio no te faltará. Pero si me tiendes un lazo, sufrirás la misma suerte que tus hermanos.

La alegría que se dibujó en el rostro del indio hizo creer á Bartolomé que no le engañaba.

—Ahora,—le dijo—es necesario que nos indiqués cuál es el mejor paraje para vadear el río en breve tiempo.

El indio obedeció la orden del adelantado, y éste pudo vencer con su ejército aquel obstáculo que se oponía á su marcha.

Pero cuando estaba en medio del río con sus tropas, salieron millares de indios de la opuesta orilla y dispararon sus flechas sobre los españoles, volviendo á guarecerse detrás de los árboles al mismo tiempo que llenaban el aire con su infernal gritaría.

A pesar de los escudos y petos, algunas flechas hirieron á los españoles.

Pero irritados por aquella emboscada avanzaron hácia la orilla, y en el momento en que iban á hacer su segunda salida los indios, dispararon sobre ellos sus arcabuces, y los caballos y los perros corrieron detrás de ellos con tal ímpetu, que más de una tercera parte de los contendientes quedó en el campo.

Todos ellos eran ciguayos y los mandaba Humatex, el célebre y taimado capitán de Caonabo, que después de la prisión de su jefe había jurado obediencia y fidelidad á Guaorocaya.

Todos ellos eran atléticos, aguerridos, y para imponer más al enemigo habían pintado su rostro y su cuerpo de tal manera, que parecían espectros; y á pesar de su superioridad hubieran huido de su vista los españoles amedrentados, á no tener noticia de que los indios al pelear, con el objeto de asustar al enemigo, se pintaban de aquel modo, guardando debajo de la pintura un corazón pusilánime que se doblegaba y sucumbía más todavía á la influencia moral que á la fuerza física de sus adversarios.

Los españoles tuvieron que renunciar á perseguirlos, ó por lo ménos á alcanzarlos, porque conocedores del terreno, se diseminaron, ocultándose entre las selvas y las rocas.

Bartolomé quedó dueño del campo, y recordando entonces como siempre las instrucciones del almirante, quiso intentar un acto de conciliacion.

Entre los prisioneros que quedaron en su poder, habia uno al parecer más importante que los otros.

Era un cacique.

Acompañado de otros indios, de los que formaban parte de su ejército, le envió á Guaorocaya con la mision de anunciarle que no habia ido allí á combatir con él, sino á apoderarse de Mayabonex, su enemigo, razon por la cual, si él se entregaba, cesarian las hostilidades.

Advirtióle tambien que una tentativa por su parte seria suficiente motivo para que entrara á sangre y fuego en sus estados.

Los dos negociadores cumplieron su mision, y Guaorocaya, que los recibió con la mayor solemnidad:

—Decid á los españoles,—contestó,—que sus maldades, su tiranía, su crueldad, no merecen consideracion de ningun género. Han usurpado territorios que nos pertenecen, han derramado sangre inocente y yo no quiero su amistad. Mayabonex es un caudillo valeroso. Le he ofrecido amistad y proteccion, se ha refugiado en mis dominios, he jurado que antes de acercarse á él tendrán nuestros enemigos que pasar

por mi cadáver, y por nada del mundo faltaré á mi palabra.

Gran simpatia inspiró al adelantado aquella vigorosa respuesta del soberano del Giguay.

Pero aun cuando admirase las relevantes pruebas de Guaorocaya, antes que su admiracion estaba el deber, la imprescindible necesidad de dar un ejemplar castigo á los indios rebeldes que habian destruído la obra del almirante, que no pagaban el tributo.

La creencia de que no adelantaria nada con amistosas negociaciones le resolvió á cumplir á su vez la amenaza que habia hecho el cacique, y avanzando con sus tropas hasta la ciudad en donde tenia su palacio, incendió á su paso las aldeas, destruyó de la misma manera los campestres edificios de la ciudad, que abandonaron los ciguayos al acercarse los españoles, y desde aquel monton de ruinas envió mensajeros á Guaorocaya para decirle que si inmediatamente no le entregaba á Mayabonex asolaria todo el territorio, incendiaria los bosques y concluiria con todos sus habitantes.

Tantas contrariedades doblaron la entereza de los ciguayos, y exigieron á Guaorocaya, con súplicas y con amenazas, que desistiese de su propósito y que salvase sus dominios entregando á su protegido.

—He jurado,—añadió éste,—que nadie se acercará á él, á no ser pasando por encima de mi cadáver. Si tan cobardes sois, si estais resueltos á cambiar por una muerte heróica una esclavitud vergonzosa, olvidando los juramentos de fidelidad que me habeis he-

cho, disparad vuestras flechas sobre mi pecho, atravesadle con ellas y entregad entonces á Mayabonex.

Estas palabras engrandecieron al caudillo á los ojos de sus vasallos.

—Hágase tu voluntad, dijeron;—sucumbamos si es preciso.

—Más quiero que se diga en el mundo que Mayabonex murió á manos de sus adversarios, que no que haya quien pueda motejarme por haber hecho traición á mis amigos.

Mayabonex quiso á su vez evitar el conflicto entregándose á los españoles.

Su protector se lo impidió, y dejó sin respuesta las nuevas intimaciones del adelantado.

Capítulo LXIX.

Desastres de la guerra.

Guaorocaya estaba resuelto á perecer antes que cometer una felonía con su huésped.

Quiso, por lo tanto, cortar toda clase de relaciones con el adelantado, y para evitar que en lo sucesivo se acercasen á su persona emisarios de los españoles con nuevas proposiciones, apostó en los caminos partidas de ciguayos con orden expresa de dar muerte á cualquiera que se acercase á sus dominios, aun cuando fuese con el carácter de enviado de los extranjeros.

El cacique manifestaba una entereza, una energía, que contrastaba con la docilidad de Guacanajari.

Al mismo tiempo se distinguía de la ferocidad de